

## NUEVAS MANERAS DE ENTENDER LA INTIMIDAD Reflexiones a propósito del I Diálogo Clínico Interregional de la SPP

Teresa Ciudad\*

Aprovecho esta posibilidad de diálogo con Stefano Bolognini y Giuseppe Civitarese dos colegas italianos, facilitada por el encuentro interregional que la Sociedad Peruana de Psicoanálisis agradece profundamente, para plantear algunas reflexiones que quedaron en mí después de escucharlos.

El trabajo que nos dio a conocer ayer el Dr. Bolognini y que después se amplió al responder a las intervenciones de los asistentes, nos puso ante el campo de la comunicación psicoanalítica, con sus dificultades y su gran potencialidad de generar cambio.

Lo primero que destaco es que tanto la empatía como la intimidad no pueden ser conseguidos de manera forzada; tampoco ser reducidas a un mero tecnicismo. Cito a Ruggero Levy cuando dice que el desafío del psicoanálisis es transformar la naturaleza de la relación analítica, inicialmente contractual, en una relación íntima. Meltzer (citado por Levy) afirmaba que en la vida humana el sujeto vive en tres tipos de relaciones: ocasionales, contractuales e íntimas. En las dos primeras funcionamos de modo operativo, adaptativo, llevando a cabo actividades que repetimos automáticamente. Es la dimensión íntima la que hace posible que transformaciones verdaderas y durables sean posibles así como amplía el universo afectivo que vive la dupla. Ahora bien, reconociendo su centralidad en el establecimiento y progreso del proceso analítico, son momentos que se dan, eventos que no pueden ser forzados de manera artificial, pues comprometerían algo tan valioso como la autenticidad del encuentro. Tanto la empatía como la intimidad son procesos que requieren de un trabajo que recae, en primer lugar, en el/la analista en el sentido de conocer y re-conocer su propia mente, proceso que es inacabado e inacabable. También de vivir con el paciente emociones intensas, reconociendo el momento en que la relación analítica y el paciente

---

\* Psicoanalista en función didáctica y expresidenta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Profesora y exdirectora del Instituto de la SPP. Licenciada en psicología clínica por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).  
<teresa.ciudad@hotmail.com>

se encuentran, para modular los silencios y las intervenciones, para permitir la fusión e ir estableciendo la separación gradualmente.

La concepción de análisis que vienen desarrollando desde hace muchos años los colegas italianos, supone una atención fina para ir tomando la temperatura de cada sesión, de cada momento del proceso, y supone en cada nueva entrega, una nueva propuesta de entender la dimensión intrapsíquica y el intercambio inter psíquico. Desde el abrazo de Peleo a la diosa Tetis (leyenda que narra que él enamorado de ella tuvo que pasar muchas pruebas, manteniéndola abrazada, mientras ella se transformaba en fuego, en hielo, en punta de flecha, en serpiente) como alusivo a la contención que demandan las patologías graves, a la noción del intercambio a través de las mucosas, que va "mas allá" del contacto, la apuesta es por un psicoanálisis más cercano y comprometido con el paciente. En términos más panorámicos, nos anima a emprender esta experiencia transformadora con todo lo que supone y salir de la seguridad de nuestras teorías para "jugárnosla" por nuestros pacientes.

Es además la mente del analista en esa situación y con ese paciente en particular, aceptando con humildad la dificultad y la casi imposibilidad de conocer lo que está pasando en la mente de aquél. El encuentro concebido como una co-creación, es un concepto que cada vez toma más fuerza y nos enfrenta a mayores desafíos.

Es así que el "cómo" se está volviendo gradualmente más importante que el "que", y acá me permito una cita textual de la conferencia del Dr. Bolognini que da pie a dos puntos que expongo: "los objetos de nuestra exploración (fantasías inconscientes, recuerdos, miedos, necesidades, deseos) son cruciales en el análisis; pero la forma compleja a través de la cual podemos alcanzarlos, descubrirlos, contactarlos, compartirlos, manejarlos, procesarlos, representarlos y transformarlos, en el intercambio analítico con nuestros pacientes, es hoy aún más crucial que antes".

Es un proceso que demanda de nosotros, los analistas, una disponibilidad que muchas veces se ve perturbada, no solo por los inevitables vaivenes de toda mente, sino por poderosos acontecimientos que siendo externos, no dejan de tener una íntima resonancia que afecta inevitablemente nuestras capacidades, nuestra escucha y asociación libre. En primer lugar, viene a mi mente el escenario latinoamericano, con democracias deficientes e insuficientes. Lo segundo ha sido la pandemia, que nos afectó a todos y que nos supuso a los analistas una adaptación más o menos apresurada a nuevas condiciones de trabajo. Y más aún, nos dejó herencias de análisis "híbridos" o de análisis a distancia con la consiguiente complejidad por entender e investigar.

Los analistas latinoamericanos vivimos en países con procesos de integración todavía en curso y con regímenes democráticos que tienen todavía muy poco

tiempo de ser ejercidos. En mi país, las reglas de la democracia parecen seguir en construcción, los conflictos sociales a veces tienen desenlaces trágicos y sangrientos antes que consensuales, los espacios de diálogo social son escasos, no obstante los esfuerzos que se hacen desde diferentes grupos de la sociedad. Muchos analistas políticos han calificado la democracia peruana como "híbrida". Quiero destacar un espacio en particular llamado "Acuerdo Nacional", en el que un psicoanalista de la SPP, el Dr. Max Hernández, fue su impulsor y del que continúa siendo coordinador. Recientemente lo escuché en una entrevista en la que decía que como psicoanalista había aprendido a escuchar, no solo las ideas sino los afectos de quienes las expresan. Pensé que aquello que nos es tan valioso en el diálogo clínico no lo es menos en diálogos sociales en donde algo tan básico sigue siendo escaso.

Quiero exponer una situación por la que todos los analistas transitamos en el país a inicios de año. Sabíamos que en el interior (después los enfrentamientos se trasladaron a Lima) había enfrentamientos violentos entre grupos de la población y la policía. Y como producto de ello, muchos ciudadanos murieron. Recuerdo escuchar primero con incredulidad —y luego con mucho pesar— las noticias y regresar a continuar atendiendo a mis pacientes. Muchos pensamientos, entrecruzados con las imágenes de los noticieros, venían a mi mente haciendo más difícil mi escucha. Me preguntaba cómo era posible que eso estuviese ocurriendo. Un sentimiento de profunda desesperanza me invadió, seguido de rabia e impotencia. Mis pacientes, a su vez, también hacían referencia a las muertes, a la violencia y a la ferocidad con que unos atacaban a los otros. ¿Qué dramas nacionales y personales se escenificaban ahí, cómo seguir después de eso? Las particularidades de cada paciente, así como de sus análisis, parecieron detenerse y el consultorio se pobló de fantasías de muerte y destrucción. Difícil para mí proporcionar en ese momento la contención que posiblemente yo también estaba necesitando.

El segundo escenario que quiero comentar fue durante la pandemia, en nuestro Servicio de Atención Psicoanalítica, que permite a personas con pocos recursos el acceso a tratamientos analíticos. Durante la pandemia, la demanda creció y lo hizo no sólo para Lima, la capital, sino para el interior del país. Eso nos puso en contacto con personas que provienen de lugares alejados de la capital y que han pasado por experiencias de crianza y de vida radicalmente diferentes al de sus, ahora cuidadores, los candidatos en formación. Nos significó a los candidatos y a mí como supervisora un esfuerzo de comprensión inédita. A las dificultades propias de un encuentro entre dos individualidades, se sumaba la desconfianza entre los provincianos y los limeños, entre los mestizos y los blancos, entre los pobres y los pudientes, como oposiciones irreconciliables e imposibles en un país con tantas desigualdades y fracturas. Prevalció en la búsqueda de ayuda de

estas personas, quizás, lo que Bolognini denomina una necesidad de intimidad compartida, que debió enfrentar las dificultades apenas esbozadas. Queda una larga —por momentos sentida como imposible tarea— de proporcionar a estas personas, continencia y transformación de ansiedades, de suavizar el impacto que genera la exclusión y el “no ser mirado”, de devolver o crear esperanza e ilusión. La cercanía, el logro de momentos de intimidad transformadora, enfrentaban formidables dificultades.

También quiero referirme al impacto que ha tenido la pandemia para nuestro trabajo. Todo indica que muchas modificaciones que trajo la pandemia, a saber, la escucha remota, con cámara o sin ella y las formas híbridas, nos abren a una nueva situación que nos fuerza a replantear nuestros contornos porque todo indica que llegaron para quedarse. Lo híbrido nos remite a indeterminación y ambigüedad, o tal vez a una experiencia nueva que subvierte todo, como la propia experiencia analítica que explora el ámbito de lo inconsciente.

La intimidad, ese lugar de llegada al que se accede trabajosamente, elaborando la contratransferencia con toda la verdad de la que somos capaces y aceptando con humildad la dificultad de conocer la mente de otro ¿podría haber sido afectada por estas nuevas maneras de analizar? ¿Cómo prescindir de toda la información perceptual a la que accedemos en un encuentro presencial, de la información que el paciente nos transmite con su manera de llegar, de saludarnos, de caminar hacia el consultorio y de ahí al diván? Las modificaciones corporales, los cambios de postura, la manera de “estar” físicamente durante la sesión van configurando en nuestra mente escenarios que se replantean constantemente a medida que la sesión transcurre. Mas aún, el estar “confinados” paciente y analista en una habitación, restringe el ingreso del afuera e instala en términos físicos y simbólicos un universo separado de la realidad.

Nuestro registro perceptual se ha visto disminuido en ese aspecto. Como contraparte, nuestro oído se ha hecho más agudo, proceso parecido al de las personas privadas del sentido de la visión. Probablemente captemos de una manera más sutil los silencios, las pausas entre oraciones, las modificaciones en el tono de voz. El mantenimiento del encuadre interno del analista y su capacidad para seguir posibilitando las complejas transformaciones que se producen en una sesión, sin duda posibilitan y posibilitaron como se vio durante la pandemia, que los procesos continuaran.

Si bien hay una serie de ventajas prácticas para el análisis remoto como el crecimiento de las urbes y la tremenda dificultad para desplazarse de un lugar a otro, o las posibilidades de analizarse con colegas de otros países, se abren preguntas a las que estamos urgidos de responder. Es verdad que la virtualidad nos puso en contacto con el siglo XXI, que la contundencia de situaciones de lejanía hace que estas controversias se sientan inútiles, pero... ¿Habrán más por transfor-

mar, por explorar en nosotros y en nuestros pacientes con el análisis remoto? El cómo se explora y se transmite, el calibrar el termómetro emocional de la sesión se pueden ver comprometidos? La experiencia de intimidad que se nutre tanto de la captación de elementos perceptuales ¿se podrá ver comprometida? Quizás para algunos pacientes más que para otros, quizás para algunos momentos del análisis más que para otros.